

El Indio en los Nacimientos Tradicionales de Guatemala

César Brañas

JUSTO es, sin duda, suspirar por los "nacimientos" que se van. Hay empeños conmovedores, es cierto, por conservarlos y restaurar su prestigio, y se declama contra los invasores pinos y pinabetes iluminados que nos traen escarchas y nieves del norte, ignoradas del trópico, y contra los Santa Claus también nevados como las cataratas de sus barbas, vestidos de roja túnica, cargados de juguetes exóticos, a menudo caballero en trineos fantasmagóricos que se deslizan por toboganes de vértigo de nieve increíble.

Justo es estremecerse de cándida nostalgia por los días de tanta infancia destinante, que esplendieron en el goce de la hechura laboriosa y la contemplación extasiada de los antiguos nacimientos, jardines de maravilla real, bazares de toda concebible irrealidad. Las nuevas costumbres. Los nuevos gustos, los frenesíes de validez de las industrias extranjeras y sus propaganda delirante de iniciativas, destierran los nacimientos y, cuando más, les consienten una tímida presencia, un asomarse apenas a los deliciosos fuegos pascuales, minúsculos y reducidos al mínimo de sus elementos típicos, bajo la sombra alborozada y triunfante de los árboles de Navidad.

No caben ya en las "funcionales" y esquemáticas casas modernas, y en los apartamentos concentrados, lo que fueran lujo de las casonas antañeras y felicidad encendida de las viviendas humildes, y hasta los que subsisten renuentes a desaparecer, se ven desposeídos de una pluralidad de sus aditamentos preciosos. Y se desconfía, y esto es lo más entristecedor, de que los ojos de hoy, los ojos adultos, y los ojos niños para mayor confusión, miren esos nacimientos con la ingenuidad y la alegría, de antes y no con un sentido crítico y una especie de altivez desdeñosa, con curiosidad desprovista de simpatía, como a resabios de un pasado que se desvalora irreflexivamente, sin sentido de la delicadeza de sus esencias más puras.

Los nacimientos de Guatemala –de las capitales antigua y nueva y de sus poblaciones mayores– fueron de un encanto extraordinario, que no debió perderse, aunque se hubiera perdido –a medias o del todo según las rachas de los tiempos– la fe que los creara, la tradición que los perpetuara. A despecho de la sonrisa bonachona y la crítica jocosa de Milla –"¡Nunca más nacimiento!"– y la más afilada en aristas políticas de los incrédulos y negadores y positivistas de finales años del ochocientos, el nacimiento llega

con lozanía hasta el cuarto o quinto lustro de nuestro siglo y es en esa encrucijada donde halla sus mayores escollos, porque este tiempo de guerras mundiales trastorna hasta los cimientos de nuestra civilización.

No es que haya muerto, no, el nacimiento: desmiente tal suposición la muchedumbre de puesto de toda suerte de figuras decorativas y piezas características de que se integran, afirmación bulliciosa de una industria popular improvisadora de traciosas extravagancias: pastores, ricos, ángeles, flores naturales y artificiales, frutas, volcancillos de aserrín de colores, vidrio quemado, países candorosamente pintados, y la heterogénea e innumerable multitud de cosas semejantes, sugestiva fierecilla de diciembre a inmediaciones de la solemne Catedral guatemalteca o de los mercados del sur y lo mismo en los de provincias. Pero todos esos elementos se dividen, se atomizan, en proporciones mínimas entre una población creciente, y lo que ya no se ve o se ve apenas, son los grandes nacimientos "de movimiento", y todos aquellos que eran más que sencilla manifestación hogareña, espectáculo, alarde, prodigio de creación y gasto en que se empleaban los ocio y los afanes, las facultades y buenos dineros de toda una familia, y de los cuales se habla admirativamente por toda la ciudad.

Si: los nacimientos se van, aunque no mueren, y decaerán de más en más si el nacionalismo que apunta no los rescata y defiende. Porque a la verdad, con ser originariamente exóticos, como tantos ingredientes de nuestra cultura por consabidos hechos de la historia, los nacimientos tomaron legítima carta guatemalteca de nacionalidad desde los remotos días coloniales y tuvieron la virtud de incorporar, sin escándalo, sin distorsión y casi sin notoria incongruencia, a su mundo jubiloso nada menos que el indio y al paisaje nacional con todas sus consecuencias, cosa que sólo la poesía pudo haberlo hecho, y que no es extraño en fin de cuentas, porque el nacimiento es, en última instancia, poesía figurada, plástica expresión de una poesía que ignora toda disciplina retórica o académica... por fortuna.

No se suele reparar, tan natural parece, en ese hecho elocuente. El indio de Guatemala, en su variedad innúmera, con sus diferentes sorprendentes, somáticas, indumentarias, de usos y costumbres, y con todas sus artes, industrias, utensilios y curiosidades mil, "vive" en el nacimiento con perfecta adecuación y holgura, pez en su agua habitual: como que el nacimiento es por encima de todo una representación de su propia tierra y su ambiente, y sólo por alusión ya, representación de la desconocida tierra santa donde sucedió el milagro que se conmemora.

Recuerdan, claro es, la tierra nazarena estas palmeras y aquellos pastores, los pregrinantes reyes magos y la estrella betlemita, y así tal cual figura hebrea, y poco más. Lo más es la exuberancia del trópico reconstruida por la fantasía mestiza: ¿qué hacen en Palestina la hoja de pacaya y el pie de gallo, la toronja y el melocotón, las ristras de manzanilla odorantes, el pino y las florales ondulaciones de los quiebracajetes de papel de lustre multicolor? Pues hacen, recrean, con la más caprichosa orografía de papel embreado, lagunas de cristal y talco, la tierra guatemalteca del indio, que, como en el país, tiene en el país del nacimiento una mayoría incontrastable de población...

Ahi están los ranchos pintorescos de cañas y paja, las casitas de cartón de adobe y teja, la marimba con su coro báquico de bailarores de son, los indios, en persona, de todos los pueblos del país, éstos con cacaxtes, aquellos con ollas y tinajas de barro, unos con carretas, otros con redes de carbon, aquí unos armados de machetes, allá otros tejiendo lazos de maguey mientras las indias palmorean tortillas de maíz, hacen lienzos coloridos en talares de caña o espulgan a sus hijos de corrascosas pelambreras... Y para que el cuadro se complete, para que la escenografía no difiera de la realidad sino acaso por el abrigamiento, no faltan los cultivos locales ni los animales montareces de América en divertida mezcla con los domésticos en paz y bienandanza: marranos y coyotes, culebras y pajuiles, lagartijas y tacuazines. Toda la vida rural bulle, pulula, hierve, en animación jocunda en el calidoscópico paisaje guatemalteco. Y no tiene nada de particular que haya hermanas de la caridad y hombres blancos a caballo, policías mestizos y curas rubios y cuanto da la viña etnográfica del Señor. Lo importante, lo curioso, es el predominio, la preponderancia de los indígenas y de los elementos terrestres esencialmente guatemaltecos (y no se olvide que lo guatemalteco era, y sigue siéndolo subterráneamente, lo centroamericano, de Chiapas al Darién) y sin que se olvide que en la misma España ocurrió la misma transposición ya en los nacimientos renacentistas, que se poblaron de elementos hispánicos. Pero el indio, y su paisaje nativo con él, conquistó, señorío, absorbió, el nacimiento guatemalteco.

Y es de imaginar la emoción extraña que sentirían los primeros indios que se vieron representados tan realísimamente en la vida panorámica de los nacimientos: la sonrisa "ladina" con que comentarían esa nueva "explotación feudal"... Los silenciosos indios de Guatemala debieron experimentar, de cierto, una compleja impresión de agrado y extrañeza, en su perpetua desconfianza, al verse partícipes con todo lo suyo, de ese mundo de fiesta que celebraba el más gozoso de los fastos de la religión a que se les

aclimataba sus atribuladas almas. El indio bueno y el indio taimado sonreirían en medio de su explicable asombro e intuirían que no todo era servidumbre y hiel en el difícil proceso de arraigo de la civilización que España trasplantaba con tanto ardimiento y de que eran ellos el dramático sujeto experimental.

¿De quién fue la idea? ¿De algún poeta, de alguna dama soñadora? Pedro de Bethancourt es sabido que lo hiciera, mas no se dice cómo. Yo no sé si las páginas amarillecidas de la historia guardan puntual registro de tan importante acontecimiento, aunque la historia, embebida en otras preocupaciones, deja a menudo olvidados los hechos más trascendentales... Lo apuntaría, sin duda, si se tratase de donaire de un presidente gobernador y capitán general o de la egregia consorte, y, a lo sumo, si la idea brotó, juguetona, en el magín de una piadosa y conspicua abadesa del más lujoso convento de la ciudad. Haya sido alcurniada e humilde la mente que llevó al indio y su circunstancia al nacimiento, fue acierto indiscutible y, en un plazo sentimental y legendario, una de las más encantadoras aventuras españolas... de la cual los orgullosos hidalgos y las más peripuestas demás de la colonia sonreirían también.

Que fue estupenda aventura lo dice su permanencia ya tradicional y la amplitud que llegó a alcanzar, y lo afirman en duradero testimonio las mil y mil figurillas que anónimo artistas dejaron en madera o en cerámica, con detallada ilustración del físico, la indumentaria y los usos indígenas, de las cuales figurillas aun se pueden ver, como las he visto y en manos descuidadas cuando merecían cuidados de museo, creaciones inolvidables, muestras enternecedoras que trescinden la muñequería de folklore y aun la misma escultura diminuta de género para reclamar categoría artística más elevada, iluminada de hechizo sentimental.

"Paz a los hombres de buena voluntad"

Las Flores de Pascua

Por SAUL FLORES

Las flores de las pascuas no han sido siempre rojas. La leyenda refiere que en tiempos ya lejanos, las pascuas eran blancas.

Una vez terminada la estación de las lluvias, el verano iba transformando la esmeralda de sus hojas en alburas de espuma, de nube, de vellón, de nieve y de inocencia.

Junto a los ranchos florecía la infinita blancura de las pascuas y los indios la ofrendaban a sus dioses como símbolo supremo de la paz.

Pero vino la guerra, y con ella, el incendio, el pillaje, la matanza, la carnicería. Densas columnas de humo se elevaron sobre las cúspides de nuestras más altas montañas huyendo de la "fraternidad de los hombres".

Cerca de las viviendas, a lo largo de todos los caminos, por todas las veredas sigzagueantes de los cerros, la sangre corrió, a manera de arroyos y de ríos desbordados. La tierra absorbió piadosamente aquella sangre generosa y las raíces de las pascuas bebieron aquel torrente de vida sacrificado inútilmente.

Y al llegar el primer verano, junto a los últimos restos de los ranchos semidesiertos y a la orilla de todos los senderos, en medio del asombro de los pocos sobrevivientes, las pascuas florecieron, rojas, ensangrentadas.

La sangre florecía. Las pascuas, más humanas que la humana especie, la ofrecían en cálices de púrpura a los dioses tutelares.

Desde entonces, las flores de las pascuas dejaron de ser el símbolo supremo de la Paz, para convertirse en el símbolo supremo del Sacrificio.